

ET IN ARCADIA EGO

Una ontológica resiliente y arcadiana narración de la historia inacabada de la realidad, un siglo y cuarto después del nuevo calendario contra el vicio: «el bipoder, el paradigma financiero y las bolsas de resistencia de las multitudes».



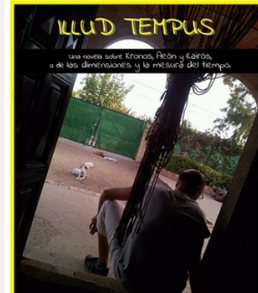
Martín Santomé

e-Artesanía

La fotografía corresponde al guitarra rítmica de la banda de metal progresivo: F.A.R.O. (2008)

"Una egografía hiperrealista,
panecástica y pánica
de un joven obrero
nacido en el cinturón rojo
de la ciudad Condal"

TRILOGÍA DE LA BESTIA TELÚRICA



Martín Santomé

e-Artesanía

2016 - Tartesos

Facultad de Lidosíntesis "Los acebuches" en colaboración con el archivo Ataraxia, la biblioteca LaKurrealidad y el acompañamiento del catedrático de filopraxis, Aleph Null Sánchez:

índice historial lit34MSantome2016122 Presentamos una trilogía personal, egográfica, sin par ni parangón alguno. Aunque, en territorio colectivo, narra, simple y llanamente, su común aventura iniciática: salir de la oscuridad y, para quitarse la patina de *illud tempus*, en Arcadia, mentar un ego que le nombre; así lo hace, dos décadas tarda; el autor sale vivo y, firmando al pie de su obra, ha conquistado un heterónimo (no un nombre, ¡nadie se extrañe!) acompañando la comprensión de la madurez y la certeza de que desapareció por siempre el tiempo que hubo consumido en la aventura. De un lado, vemos, el FLAT patrocina la panecastia, y, de otro: queremos abundar en las notas a pie de página de la obra de Platón y olvidarle a él, como heleno sapiens, o, al menos, confundirle con Ken Wilber, como habitante del universo, y, en general, hablar de filósofos filosofando sin necesidad de mentar el nombre de pila o los apellidos; hablar de jóvenes iniciándose, hablar, en general, de pueblo y gentes pasando. Haciendo camino. Mas (¡editorial!) que la multitud no se olvide jamás que emerge de la persistencia y la tenacidad de múltiples individualidades capaces de alzarse de sí mismos y de tomar perspectiva: escritores escribiendo, nada más.

Exordio

Es útil, para seguir trabajando cada uno en su propio campo, saber en qué mundo vivimos, sacar las conclusiones, volvernos tan astutos como la serpiente y no tan ingenuos como la paloma, pero por lo menos tan generosos como el pelicano e inventar nuevas formas de dar algo de vosotros a quienes os ignoran. En cualquier caso, desconfiad más que nada de quienes os honran como si fueseis la fuente de la verdad. En efecto, os consideran un mago que, sin embargo, si no produce enseguida efectos verificables, será considerado un charlatán; mientras que las magias que producen efectos imposibles de verificar, pero eficaces, serán honradas en los programas de entrevistas. Y, por lo tanto, no vayáis, o se os identificará con ellas. Permitidme retomar un lema a propósito de un debate judicial y político: resistid, resistid, resistid. Y buen trabajo. © Copyright 2002 Umberto Eco

¿O..., por qué no? En el departamento de... no, mejor no nombrarlo. No hay gente más susceptible que los funcionarios, oficiales, oficinistas y en general los servidores públicos. En los tiempos que corren, cada particular considera que si se toca a su persona se ofende al conjunto de la sociedad. El capote, Gogol

Todo el mundo sabe que el material del cual se hace el espacio es el vacío, y, si me apuras, que el saber no ocupa lugar; siendo ninguna la paradoja si tomamos la premisa de que el saber crea espacio interior. Sabe uno y genera vacío en su mismidad porque es un arte de la memoria desaparecer de la biosfera y reaparecer en la noosfera. Uno recuerda referentes biosféricos y los significa en su mente noosférica. Solamente *que no sabía* o *que no sabía nada* sabía un filósofo del Hélade mesopotámico llamado Sócrates precursor o, al menos maestro, del filósofo rey principal artífice de nuestro reino de pensamiento finito racional construido irrisoriamente con la autoridad carcelera de un

rey como padre, como señor velando el encierro del loco que todos llevamos dentro. Derrida, y su pensamiento débil, aquí. No en vano se inscribía *conócete a ti mismo si deseas conocer los misterios del universo* en las fachadas de los templos primeros aquellos prehistóricos que incubaron los germinales secretos gnósticos de donde se lanzó al futuro la espiral de evolución de la conciencia humana de la cual nuestro pasar constituye fastigio. ¿Y cómo iba a poder engendrarse el universo en el conocimiento de uno mismo si el saber no procurase espacio, vacío? Es así que entender en la lectura del libro de Gogol me abrió un espacio huero. Polvareda asentándose, el horizonte devora al carruaje. Ya se marchó. Y quedamos de nuevo solo de soledades yo, de última soledad. Lírica española, sabrás. Mi última sobriedad igual como un hombre de pie ante el mar, con los talones sumergidos, en la orilla, en la playa. Una lengua que borra a lametazos cualquier intento de construir la eternidad.

Esta novelita que tienes en las manos, lector, es una carta y, a la vez, un cuento. Se escribe desembarazándose de un asunto (el que Gogol y su capote acrisolan) mientras se va gestando otro. Zona liminar, convulsa, multívoca obligada porque después de tanto tiempo dedicado a ese asunto me da como no sé qué pasar a otro nuevo sin por lo menos escribir que no escribo sobre él porque otro escritor antes escribió y lo escrito nombra sobradamente bien.

Si me permites, hoy asistimos al renacimiento de sectas satánicas, de ritos sincretistas que antes los antropólogos culturales íbamos a estudiar a las favelas brasileñas; incluso las religiones tradicionales tiemblan frente al triunfo de esos ritos y deben transigir no hablando al pueblo del misterio de la trinidad y encuentran más cómodo exhibir la acción

fulminante del milagro. Esto significa que los occidentales, con el culo al aire, ni temen a los rabúos, ni temen pecar, ni creen, por supuesto, que la Tierra sea plana o que sea el centro del universo. El pensamiento teológico nos hablaba y nos habla del misterio de la trinidad: padre no es hijo, hijo no es espíritu, espíritu no es padre: y todos son Dios; pero argumentaba y argumenta para demostrar que es concebible, o que es insondable un creador manejando nuestros hilos. El pensamiento del milagro nos muestra, en cambio, lo numinoso, lo sagrado, lo divino, que aparece o que es revelado por una voz carismática y se invita a las masas a someterse a esta revelación (no al laborioso argumentar de la teología), antes bien: quien crea que lo haga porque es absurdo, Tertuliano aquí. Querría recordar una frase de Chesterton: "Cuando los hombres ya no creen en Dios, no es que ya no crean en nada: creen en todo".

Seguimos descendiendo. Cada vez, lectora, verás más clara mi escritura. Si mi no-maestro nos encumbraba al filo de los tiempos y mi maestra hurgaba sin miedo en una realidad física desprovista de divinidad, ahora ya toca mi cosecha: Una gorra negra, mi gorra durante el último lustro, junto al teclado. Una gorra no es un capote. Pero es mi objeto de deseo y el ítem que traza mi continuidad: una gorra negra que siempre repongo cada vez que la anterior se me deteriora por el uso.

Esta gorra negra que tengo aquí, en breves momentos la guardaré, ya para siempre, en el baúl de las gorras muertas. Sentado en un escritorio, una gorra negra nueva ya instalada en mi cabeza. Dario, un anti-editor del mundo de la bohemia fanzinesca del suburbio que acaba de re-editar al precio de un céntimo de euro la compilación completa del cómic el Incal de

Jodorowsky y Moebius, acaba de regalármela y justo se marcha, encaja la puerta de la habitación: *"Déjate de imperativos categóricos o universales. Hazlo como si fuera una acción única, efímera, concreta, transitoria, contingente. ¡Sastipén...!"* Talí, pronuncié, en un suspiro murmullo, mis labios, dispuesto a hacerlo como me ha aconsejado. Salud y libertad en lengua rom. La gente del carro. Sí, igualmente, salud y libertad. Un escritorio nuevo, se entiende, para un escritor, y más si todavía permanece inédito (podiera decirse que por el anonimato el peso sobre sus hombros es lisongero como columnas de aire y no pesadas como columnas de agua o imagología del escritor publicado y con nombre en el coralino bibliográfico), supone, se entiende, un trampolín o una espoleta o un aleph. Esta escritura es la primera escritura que escribo en él. Y es por la gorra vieja negra, en rigor, ya no es negra (Ya no es negra. Fue negra. Ahora es gris claro; incluso pardusco. ¡Y su olor...! no huele a nuevo como la que llevo puesta. No huele a nada no huele a vacío, huele a vivido. Que es olor a sudor.), que un nuevo escritorio abre la senda de otro tiempo, quién sabe si otro lustro; que bien sé ya que esto es pasar, estela (¡las gorras negras!) a desvanecer. ¡Ahí se queda la gorra vieja! -digo lanzándola como un disco al baúl, es un acto fulcro en la secuencia de mi devenir. Ajusto la visera de mi gorra negra nueva, para que me caiga sobre las sienes; haciendo cuevita; que me enfoque un triángulo isósceles con vértices: mi tercer ojo, mis manos y las pantallas del escritorio. Donde lanzar como efecto una atención, donde causar una voluntad, donde proyectar una memoria.

Si te digo que escribo por amor en lugar de por un interés motor cambiante a lo largo de los meses; si te digo que única y exclusivamente

compongo textos poseído por ansia de un amor al que le tiendo hilos de palabras para probar de abrazarlo hacia mí en lugar de decirte que la composición de los textos obedece al ansia de recrear con hilos de palabras sombras, perfiles y texturas nacidas en el onirismo de mi soledad (sólo soy solo); si al principio de una novela escribo que escribo enamorado y, también, describiendo un amar en lugar de escribir templado una meta-escritura que diga que dice lo que se está diciendo, un neoromanticismo posmoderno; si te digo que cuando me siento en la soledad a teclear o garabatear palabras siento en el pecho un anhelo de regresar junto a mi amada y por ello la describo junto con lo vivido horas o meses, pintando en los folios los retrato de nuestras experiencias, mordiendo cada trazo con el fervor del directo, como si de nuevo estuviera pasando; si así te dijera en lugar de decirte que cuando escribo me hundo, me sumerjo, olvidado de cuanto allende mis cinco sentidos sucede, devenir solitario aquende un ser, un hombre aquí, rodeado de sus circunstancias; si aquí escribiera que mi escribir es patético enfático, biopoderoso, ecoico y orientado en las guías y buen hacer del cortejo, a los métodos y maneras de una vida conyugal que se desea mantener limpia, sana, motivada, vital e, incluso, convivencia feliz o trascendente, capaz de procrear; en lugar de escribir aquí que mi escribir es prosaico, ilustrado, egoico, uniformador en lo universal, objetivo en lo empírico, capaz de procrear. Si lo hiciera, entonces, te mentiría.

Ni lo uno ni lo otro. Escribo desde el desamor, para el miedo, y con la acritú individualista del huraño olvidado. Reconozco algunos errores en el pasado causados por un exceso de pasión. Ahora me he templado. Podría decirte que vivo en la que Isaiah Berlin, identificándola en sus

albores, llamó la Edad de la Razón. Una vez acabadas las tinieblas medievales y abiertos el pensamiento crítico del Renacimiento y el propio pensamiento científico.

Te diría que vivo en una edad dominada por la ciencia. Pero no sería del todo riguroso. Vivo en una edad dominada por la magia. Me he centrado. He basculado mi corazón para situarlo allí donde mi mente no lo alcanza. ¿Puede ser que la materia gris que hay en la espina dorsal se sincronice con la materia gris que hay en nuestro cerebro? Yo lo afirmo.

Así como te dije aquello, quisiera al igual aclarar que la bandera del dolor-miedo en mi puño se tiñe menos con los colores de quien no encuentra y por eso sufre impotencia que con los colores de quien aún encontrando y pasadas las semanas, quiere volver a encontrar.

¿No te parece ilimitada la capacidad de absorber nuestro servicio habida en el prójimo? ¿Te pasa eso de servir, servir, servir, infinitamente servir y a las vueltas hallarte rodeado de Egos que miran a tu Ego tan marchito tan seco tan esmirriado que tu mismo Eco, haciéndose nada, como manto arrugándose, haciéndose jirones, apelmazándose, se obliga a conformar un monigote para que te emerja un Ego? Ya, de acuerdo, okey: puede que la pregunta anterior explote la línea argumental y se disuelva soliloquio: a lo mejor, puede, oíste hablar del Ego, pero puedo que jamás hubieras oído hablar antes del Eco. Quiero decir: ¿te sucede que si no luchas por vivir el prójimo te arrasa?

Ahora te copiara unos pocos párrafos del Werther de Goethe apelando a su sabor romántico, siglo XVIII, con ínfulas de un saber que se ama a alguien y, a la vez, comprender que jamás seré correspondido. Frustración. Mi n-omaestro (supongo que te hablaré bastante de él a lo

largo de este escrito) compuso su primera novela, ElDorado, para enamorar a una mujer. Aquí, qué remedio, seguimos la estela. Verás mientras lees, así lo espero al menos, la claridad con la que te aparto en una mano el amor y en la otra lo contrario. Que pueda ser el odio o el miedo. Mi intención es sostenerlas so capa de la lírica para que no me ahoguen. Sin embargo, porque este escrito no es a vuelapluma sino ejercicio consciente de literatura, he trabajado bastante su verbo. Te voy a cambiar de tercio, evitando con ello redundar en los viejos cánones líricos. Intentando satisfacer lo que se espera de un escritor, a saber, ubicarse en la cresta de una ola en la superficie de un mar. Sabes: la mar. Una mar de tercer milenio. Posmoderna. Voy, seguidamente, con caldo poético fresco: cibernético, si me apuras.

En cualquiera de nuestros móviles como apéndices naturales de trompas de Eustaquio se lanzan nuestros chats a través de Internet enhebrando una red de comunicación telepática. Aparecen nuestras palabras, también asíncronas, como flora meciéndose en el viento cibernético. Hojas colgadas de copas de árboles entroncados en los discos duros de los servidores de *hosting*, conformando los bosques de nuestros mensajes en la blogosfera y en las blogosferas de las redes sociales. Similar, pero par a par, las redes p2p florecen las semillas de nuestras publicaciones.

¿Qué te pareció? ¿te imaginas al Cándido de Voltaire escribiendo semejante párrafo?

Esta visión de un predominio ya absoluto de la mentalidad científica, que se anunciaba tan ingenuamente en el Himno a Satanás, de Carducci, y más críticamente en el Manifiesto comunista de 1848, la apoyan más los reaccionarios, los espiritualistas, los *laudatores temporis acti*, que los científicos. Son aquéllos y no éstos los

que pintan frescos de gusto casi fantástico sobre un mundo que, olvidando otros valores, se basa sólo en la confianza en las verdades de la ciencia y en el poder de la tecnología.

Resigo esta línea porque quiero ubicarme, como dije, tras una literatura. No quiero que este libro parte de cero. Ni en lo personal (segundo volumen de una trilogía) ni en lo global (revolución digital). Quiero ser hijo de mi tiempo, a la par que original y contribuir con mis textos a la cadena perenne. Ceñirme, me guste o no, al vocabulario de la época. Describir, me agrade o no, lo que existe cuando me siento a escribir. Todo conjugadito con algo de ingenio y pasión literaria.

Verás, si lees, que mi quiste, eje primordial de la escritura, no es tanto un amor sexual como una voluntad de emancipación. Un sentimiento de opresión patente forzado a estallar en libertad. Entraré, erre que erre, al trapo de liberación: así como Benedetti: sin tregua: sin salvarme. Radical, y en sintonía con Pizarnik: no quiero nada más que ir hasta el fondo; a las raíces. ¿Vienes?

Hay quienes piensan que la palabra colonia viene del "colonizador" por excelencia Cristóbal Colón. Pero es mera coincidencia (y de hecho se ve en la traducción al español del apellido original: Colombus). Pero sí que es cierto el hecho de que si Colón se hubiera llamado Marcos entonces se llamaría "marconizar" al hecho de que el hombre blanco asalte desde Europa el continente americano al grito de "¡Nuevo mundo!", lo devaste, *holocaustice* y esquilme materias primas y esclavice indígenas en proceso orquestado por una arreciar de la razón instrumental que sale ilustrada, de las tinieblas homínidas; todo ello para acumular un montante de capital original. Es mera

coincidencia, digo, la palabra colonia ya existía varios siglos antes de Colón. Viene del verbo latino *colere*, y significa "cultivar". Posteriormente la palabra decantó hacia el culto/cultivo de las personas, salta la vista la relación con la palabra cultura. La relación original es probablemente que para los romanos las colonias eran generalmente agrícolas, o sea se dedicaban al cultivo de la tierra, como Egipto que era frecuentemente llamado "el granero de Roma". Hoy día se constata que África y Latinoamérica han sido el huerto y el jardín de Occidente. Tiro de Wikipedia para informarnos que cerca de dos millones de personas viven bajo 'dominio colonial' en los 16 territorios no autónomos que reconoce Naciones Unidas. Malvinas, Sáhara Occidental, Bermudas, Islas Caimán, Gibraltar... De acuerdo con el Derecho Internacional, su proceso de descolonización sigue abierto.

Son las máculas de un mapa político cambiante: en 1945, cuando se gestó la ONU, la cifra ascendía a 750 millones de personas, casi la tercera parte de la población mundial. Más de 80 regiones estaban entonces sometidas a la legislación y costumbres de sus 'conquistadores'. Desde entonces, el colonialismo ha desaparecido prácticamente del mapa. Esto es bueno: pero no del todo cierto: es un primer paso. No hay que olvidar que las Cartas de los derechos universales de los humanos en la Tierra se gestan dentro de la organización de naciones unidas.

Después del hilo anterior, técnica (que en sí misma no es malvada o benefactora; que sirve para ofrecer telepatía y para orquestar la colonización vía artes bélicas), nada más enunciado como introducción, se sigue la religión. La política y la religión, sabrás, religazones del individuo en el colectivo (caso

concreto es la teología de la liberación), la cosa pública que las ciudades o polis sostienen dentro de las naciones-estado.

Se pide a todo hombre santo alejado de la región que viaje a Tierra Santa por lo menos una vez en la vida. El centro de poder es donde la fuente emana su energía. Respiración telúrica e imagológica. El hombre alejado de Tierra santa se abre paso en los días a pulmón. Debe regresar a llenar los alvéolos. Quizás semejante martirio obliga a las religiones del libro a caracterizarse universalistas. No parece mala idea llevar la Tierra santa a todo el planeta para que los fieles puedan respirar normalmente donde quiera que se encuentren. Si esta analogía de la respiración no es correcta entonces sería que fuera del reino de dios sí hay salvación: sí hay respiración. El homo sapiens ignoraba si fuera de la atmósfera podría respirar y, hoy día, sabe que no. Sabe que, efectivamente, fuera de la atmósfera de la Tierra no hay respiración, salvación.

El viaje puede durar eones en hacerse porque el tiempo cronológico casi nunca sirve para medir estos viajes más enmarcados en tiempos kairológicos o aeonológicos: vaya palabros, no por raros menos reales: el tiempo es tiempo lo mida Kronos, Kairós o Aeón. Hay tiempos grandes como el tiempo efemérides. Tiempos pequeños como el tiempo atómico. Tiempos medianos como el geodésico. Un tal Virilio habla de nuestra época como de la época dominada, yo diría hipnotizada, por la velocidad: desde luego, estamos en la época de la velocidad. ¡Telepatía! Ya lo habían entendido anticipadamente los futuristas y hoy estamos acostumbrados a ir en tres horas y media de Europa a Nueva York con el Concorde: aunque no lo usemos (si me lees supongo que no lo usarás), sabemos que existe. Las clases sociales operan parejo a esta multidimensión del tiempo.

Tenemos un tiempo UTC regido en usos para la totalidad de lo real (una esfera achatada por los polos) que es el planeta. En Londres hay una oficina que registra con pintura el eje cero. A su diestra y a su siniestra los usos suman o disminuyen horas a la hora cero. El dictador militar Francisco Franco (<http://www.lavanguardia.com/vida/20151025/54438333108/regreso-al-pasado-cambio-de-hora.html>)

hace caso omiso de la realidad que dicta el territorio y pinta el mapa como lo place; siendo caudillo y poseyendo la jefatura máxima del estado puede hacer lo que le salga de los cataplínes aunque ello desafía la realidad real del territorio. Justamente en este pintar como querer el mapa consiste el sometimiento de las multitudes dentro de los imperios. Paso primero: las murallas separan lo real del territorio tras una membrana opaca; esto se hace por seguridad: fuera de los muros no hay salvación, respiración. Paso segundo: el centro de poder reparte el mapa pintado. En las muñecas de los neozapatistas que se levantaron contra los neoliberales cuando EEUU quería rendir a todos los pueblos de América con un tratado de libre comercio allá por los finales del siglo pasado, tras Nixon, Thatcher y Reagan, habían varios relojes para llevar la cuenta de varios calendarios. A eso en occidente le llamamos esquizofrenia y pensamos que es un síntoma de error mental. Y, sin embargo, la capacidad de habitar simultáneamente distintas realidades ofrece gran abanico de posibilidades para trasladarse en los ascensores sociales. Por supuesto, cuando la aspiración es universalista semejante multivocación es veneno. Igualmente en la relación fiduciaria, veneno. En este aspecto, cuando durante las negociaciones del EZLN con el PRI, el Delegado Cero miraba el reloj para no llegar tarde a la cita con la mesa de los de

arriba lo hacía, doblemente, coordinando la hora con los de abajo (que era una) con la hora de los de arriba (que ya hemos visto es UTC). La liberación que persigue una teología allí latiendo, mientras que las fuerzas rebeldes y las fuerzas del orden público tensan la actualidad política sobre un poder constituyente que se manifiesta en las calles, en las encuestas, en las urnas, los religiosos alejados de Tierra santa idean una religiosidad que traiga la esfera teológica a la corteza terrestre para que los humanos puedan liberarse. La sangre, la muerte. Masacre, desmembramiento, genocidio. La "marconización", diríamos. Distintas clases se viven en el mundo en paralelo. Vertebradas desde la mesa de arriba.

¿Ay, cuándo se apaga la luz, a dónde va "lo claro"? ¿Y si hablar del alma es hablar de una gran metáfora, y el alma nada más pueden entonces tocársela quienes de ideas escojan ramas de palabras? Si el alma fuera lírica.

El deseo a veces de pasar de golpe de una causa a un efecto por cortocircuito o por gusano de agujeros negros y blancos, sin completar los pasos intermedios. Se puede dentro de un poema.

En cualquier caso, aunque mi metáfora agote tu paciencia, lectora, escribo tras la Novela de ajedrez de Stefan Zweig, ¿conoces?: un militar nazi somete a su torturado menos a una violenta paliza física que a un aislamiento total y hermético. Y, haciendo así, se considera más humano que un superior suyo que le presiona para que abandone tales métodos y proceda a castigar al prisionero vejándole el cuerpo. Marconización.

Yo podría cargar mis tintas con lisonjera y liviana descripción como hicieron Dumas y compañía; enarbolar el verbo enciclopedista como si el mundo fuera algo así como lo fue cuando al

final del siglo XVIII las revoluciones de las constituciones francesa y norteamericana se abrían en la esperanza de un nuevo mundo. Pero no. Escribo después. Cuando ya Auswitch y el resto de campos de concentración han existido y los románticos que más o menos están un poco cuerdos tienen el corazón roto en mil pedazos: otrora imbecilidad supina en la falta de báculo. Pero, también, ya dije arriba: las Cartas universales de la ONU. El acuerdo de Bretton Woods es un nuevo cero. Igual como Dionisio fue encargado hacer a mediados del segundo milenio: plantar las coordenadas de un punto cero en el consciente colectivo a modo de Big Bang o de primer halo de aliento divino y vital. Los tecnócratas redactan una constitución económica sobre los derechos políticos que la ilustración irrigó sobre los hombres sacándolos de las tinieblas. La razón individual garantizaba la capacidad de asociarse políticamente y pugnar por los sillones en el cúpula de mandos de la administración estatal. La unión económica europea marca el perímetro donde los estados-nación deberán deshacerse en un tablero de mercado único; fuera: ni salvación ni respiración. Entonces, ¿describir como los novelistas henchidos en luz ilustrada? ¿Contar la treta que las agencias de calificación hicieron con los paquetes de deuda hipotecaria para tumbar en 2008 la economía mundial? ¿Contar cómo las empresas *offshore* atesoran el comercio evitando así contribuir en las arcas de hacienda pública de los estados-nación a pesar de que la actividad económica de esas empresas se desarrolla dentro de ellos? ¿Describir Sicav o fondos de alto riesgo para contar cómo los individuos pueden llenarse los bolsillos sin mancharse de sangre las manos? ¿Contar cómo los gobiernos de políticos son sustituidos por gobiernos de tecnócratas cuando pecan ante los

versículos de las escrituras económicas? Todo eso es muy aburrido y no me llama a otra cosa que al sueño.

Así, entonces, allí donde Homero despliega su Iliada en verso, epopeya que abre la literatura occidental, al cabo de esa línea, en el otro extremo, allí donde la literatura occidental feneciendo del negro sobre blanco, envuelta de hipertexto en la *www*, sin ánimo de soberbia, yo, meramente, con pena, nada más te presento una escritura floja y sin heroísmos que explica cómo la simultaneidad entre causa y efecto se ha transferido a la tecnología, que parece la hija natural de la ciencia; vale decir: la casualidad titila cuando el entrelazamiento opera efectos físicos. Tiempo tendré en el libro de argumentarlo.

¿Cuánto ha habido que padecer para pasar de los primeros ordenadores del Pentágono, del Elea de Olivetti tan grande como una habitación (los programadores necesitaron ocho meses para preparar al enorme ordenador y que éste emitiera las notas de la cancioncilla El puente sobre el río Kwai, y estaban orgullosísimos), a nuestro ordenador personal, nuestras *tablets* y *smartphones*, en el que todo sucede en un momento? Causalidad fue un neologismo hasta que un escritor ibérico lo introdujo en la literatura hispana justo al entrar en el tercer milenio.

Ignoro si te perderé adentrándome en terrenos puramente técnicos. También ignoro si cuando Lautremont o Rimbaud cerraban el discurso allende las lindes de la poesía esperaban que alguien (algún lector) les acompañase: insisto: es lo que hay: hijos de la época. Entonces: Los primeros usuarios del ordenador programaban en Basic, que no era el lenguaje máquina, pero que dejaba entrever el misterio (nosotros, los

primeros usuarios del ordenador personal, no lo conocíamos, pero sabíamos que para obligar a los chips a hacer un determinado recorrido había que darles unas difícilísimas instrucciones en un lenguaje binario). Windows ha ocultado también la programación Basic, el usuario aprieta un botón y cambia la perspectiva, se pone en contacto con un corresponsal lejano, obtiene los resultados de un cálculo astronómico, pero ya no sabe lo que hay detrás (y, sin embargo, ahí está). La odisea de Steve Jobs con Lisa y el Mac frente a los capitalistas sin escrúpulos que le roban la empresa: su venganza cuando regresa y comprende que debe asumir la dirección general de Apple, etc. El usuario vive la tecnología del ordenador como magia. En Linux, que es territorio de código abierto, además, el usuario puede vivir la tecnología del ordenador como mago, vale decir: enredándose en repositorios de código libre, puede *forkear*, código y operar sobre él en su mesa de trabajo. Las cuatro libertades que la GNU y la fsf.org diseñaron son enmiendas constitucionales.

Este tipo de casos: ahora. Aquí. No quiero entrar a describir, únicamente describir el contexto: puesto que cuando Platón argumentó su mito de la caverna seguramente ni podía imaginarse las elecciones generales electrónicas que hoy día suceden en algunas democracias desarrolladas. Platón creía que el filósofo-rey debía sostener la jefatura del estado pero no podía entrever que en el CERN iban a estallar átomos para ver si en su interior hay o no masa oscura. Es importante, es mi opinión, y posiblemente la compartas, muy a pesar de Fukuyama, no perder el hilo de la Historia: a los que estamos abajo y a la izquierda nos va la vida en ello. Cada vez que cambian la mesa de arriba cambian todos los libros de cuentas y los registros. Las mesas de abajo son caducas o

perennes como las hojas de los árboles, cada laya lo hace a su modo. ¿Cómo podría escribirse una escritura que tuviera en cuenta lo que sucederá dos mil quinientos años después? ¿Platón pensaba en ti o en mí como su descendencia en el futuro? ¿Alarga dos milenios y medio su imaginación para imaginarte a ti y a mí? Cuando el prisionero regresa a la caverna a contarle a sus frateros qué ha visto le tratan de salvaje.

Siendo sincero, por el momento, poco de lo escrito abstrae un ápice de genuidad por mi parte. Hasta la línea en curso, únicamente he hecho que resumir las enseñanzas de mi no-maestro. Para tejer lo escrito no he necesitado nada más que a alguien capaz de sostener su propio interés egoico tras una red de pedagogía, capaz de explicar objetiva, conscientemente, liberándose del monoteísmo, de los dogmas, y liberándose del esqueleto de la religión, pasando todos los dogmas a un mundo absolutamente simbólico, relegando la ceremonia de la iglesia (como autoridad) a un ámbito de lo interno, y, así, explicarme, explicarnos los textos.

O sea, en un primer momento: orar los textos. En un segundo, análisis de la obra literaria. Y, en un tercero, presentarme, presentarnos, un cuerpo hermenéutico extendido desde el perfil del Libro alumbrado con la luz de nuestro entendimiento. Desvelando, por encima de todo, el redimensionamiento y recualificamiento de la sombra hermenéutica según la luz del entendimiento que alumbramos los textos. Esto es, en suma, lo que mi no-maestro me ha entregado. De esto parto.

Por eso lo atropellado, la enumeración superficial. Si me pides, lectora, explicaciones: te remito a su bibliografía.

Decíamos ayer, en un hilo racionalista, Fray Luis de León y cuatro siglos después Unamuno...

Y, a pesar, cómo no, sea, ya no mi no-maestro sino mi maestra de literatura, completando una aventura personal en busca del andrógino (equilibrio bipolar) quien de entre nosotros más bella sombra conseguía sacarle al libro de los evangelios y al paraguas de cuya luz mejor hemos sido subjetivos testigos de las parábolas y anáforas en las sagradas escrituras escritas.

De ella y de ninguna otra mujer como de ella he estado, estoy y, me parece, estaré, enamorado.

Aquél no-maestro llevaba en la pelota de su escarabajear los caminos una inmensa suerte de referencias, categorías y conceptos; pequeñas puntas de hilo que tocarlas y estirarlas aparecían en la realidad una red de nuevas referencias, categorías y conceptos. Líquidos de literatura que reflejan y deforman la totalidad de lo existido. Tan exhausta su tarea, tan completas sus pelotas, este escarabajo empujaba pacientemente una red con fastigios a casi la totalidad de la existencia. Nadie diría que mi no-maestro cargaba en su pelota toda la realidad. Pero, sin duda, doy fe, en mis cuadernos de notas está todo apuntado, cargaba una referencia o un concepto o una categoría a la totalidad. Bien, correcto, es cierto, me doy cuenta, quiero, además, aclararlo: soy escritor que no escribe con la sangre de su corazón sino que unta su pluma en los archivos Akásicos, en el único sabor, en el alma del mundo. La tinta que efunde cuando la cadena del ser se desliza a través de los tiempos, pintura perenne que tomo al untar mi pluma en la luz de mi entrecejo. De ahí una parte. La gratitud a mi no-maestro forja el honor desde el que un joven literato ama. Secreto, privado y públicamente. Estro motor y motriz de mi labor artística, mi profesora de

literatura: la mujer y la docente.

Sea así, agradecimiento a la profesora de letras. Y, tras ella, no tras él, vamos con la novela. Verás como al sincronizar con la maestra mi escritura se vuelve menos densa, más cristalina.

Quería escribir una novela corta para testimoniar a cerca de un asunto añejo al que siempre he prestado atención, voluntad y memoria. Se supone que Et in Arcadia ego es la segunda parte de una trilogía egográfica. Entro de unos años escribiré una trilogía de no-ficción, mezcla técnica mezcla ensayo. Sin embargo, pretendo que en el primer tomo de la presente me descargué algo el narcisismo de la adolescencia. Allí acabé de fraguar una voluntad de estilo. Ahora te escribo, ya dije: atlante mi no-maestro, cariatide mi profesora de literatura, todavía de mí, pero me puse la máscara. Una máscara que no se parece tanto al pasamontañas que usa un zapatista, ni tampoco tanto a la que tiene dos expresiones (una que ríe y otra que está triste) que usan en el séptimo artes. Es más una careta tipo anonymous.

Veremos. Un último apunte sobre el proceso creativo.

Ella señaló, y yo miré. Me he enclaustrado en demasía por motivo de ese asunto. Hice mis propias pelotas de escarabajo. Pinté mis propios mapas. Visité algunos territorios. Clasifiqué conceptos en categorías. Parece natural una obligación a narrar, ni que sea sucinta y escuetamente, una panorámica de la experiencia.

Un buen día, gran día, Jueves de Corpus para los católicos apostólicos y romanos, di con un libro intitulado El capote. Este hecho funcionó como catalizador.

El que yo había acumulado bajo la tutela

pedagógica de la profesora de literatura, sesión a sesión (tres de dos horas por semana; en su casa), hasta el punto de sacarme del surco un poquito hacia el delirio, y que con tanto esfuerzo y dedicación había tejido. Intentando nombrar en su sentido estricto de *poner nombre a cosas*, quedó por todas partes nombrado cuando leí el texto de El Capote. ¿Puede sentir un escritor que todavía no ha escrito su novela, que sale del proceso de documentación, que está apunto de idear el índice o esquema mínimo, puede sentir que otro escritor le robó la idea hace un montón de décadas? Así me sentí.

Robar es palabra fea que trata con la propiedad. Leer El Capote de Gogol fue la experiencia más resonante, llena de ecos, de recuerdos, de reflejos, colmada de vibración e intensidad que podría imaginar jamás era posible experimentar. Su lectura colmó mi deseo. Fue, en verdad, ahora lo recuerdo con una pequeña turbulencia emocional, difícil explicarle a mi profesora de literatura que abandonaba todo el material acumulado en sus sesiones. Costó explicárselo porque ella se aferraba a darme fuerzas, a revertir mi intención de malbaratar el camino. La libido y la voluntad fluctuaron en el rifi-rafe, soy un caballero que no habla de sus intimidades.

Como encontré ese asunto desvelado mediante y durante las letras del libro de Gogol, quedé entendido y un vacío me llenó el hueco que dejaron las pesquisas, las marañas, las miríadas de hilos semánticos, de memes y femes acumulados a lo largo de los años, ahora todos compactados, agrupados, ordenados, constituidos tras los nombres que leí en El capote, eso es, quedó entendido.

Magia acabada de una ilusión cuyo efecto ahora se comprende desvelada la causa que lo lanza a

la realidad: Todos estamos bajo el capote de Gogol, se podría decir. Por lo menos, yo, esto que escribo, lo que sigue: está bajo el capote.

Y esto es el primer trozo de la novela. Así comienza. Le late un corazón, bajo una gorra negra nueva. a un escritor de líricas. Soy yo, lectora. Marcando un pulso. Espero que no abandones la lectura en este punto debido a que no hayas logrado extraer sustancia de lo leído. Estaba obligado a escribir lo que he escrito. Ya lo indiqué: mi no-maestro, mi maestra: provengo de sus aulas. Estaba obligado. Asumo que por el momento, y aunque mucho me esfuerzo en un rigor, en una sustancia, en un método, en un sistema, en un útil de interés a terceros, nunca emplato. Fogoneo en cocinas pero no saco el plato al comedor. Mi querida ausente e hijo, lector, por más que me aparece la obra de agonías, sueños, polvo y, claro, palabras mecanografiadas, algo le posterga una calidad o estado de acabado, finalizado, listo, desarrollado. Sea quizás la falta de final un atributo del escritor posmoderno, muy dado a enredarse y poco a levantar cátedra. Sea lo que sea, lisongero, hasta la fecha siempre me han quedado cabos que atan un futuro o tiempo posterior donde se alojan fragmentos de texto a incluir en la obra y que me han mantenido al pie del folio tecleando. Me he dado cuenta de que acabé una novela y comencé otra cuando los personajes y el mundo mismo había cambiado, pudiendo regresar a buscar el tramo en donde la transición era de texto liminar, convulso y multívoco, ya connoté. Pero esta vez, no. Remataré.

Relativo al asunto, sé que no conseguiré incluir en el relato, para ser concretos, la aparición de un fantasma vengativo (el capote) ajusticiando a quien en vida no me socorrió la miseria. Este como cualquier otro ejemplo, a día de hoy (espero no olvidarlo durante la

travesía), miro el baúl de las gorras negras, me han de servir para levantarme a tiempo.

Y me apearé de la historia, escindiéndome de ella, atándole el último verso con un punto. Para que la novela que será carta y cuento caiga desde el cielo de mi escritorio y se abra paso en la superficie del mar, (de aquel lado, o sea, del lado sumergido, ya no se dice el mar sino la mar), y, que, sin mí, el escrito se deposite en algún discreto rincón de un cúmulo de corales rojo-verdoso, dispuesto a permanecer junto al resto de corales un buen montón de siglos al acontecer de la vida orgánica sumergida en la mar, atestiguando, en la línea del capote de Gogol, el asunto nombrado.

Al final, y ya te suelto, lectora, la conclusión polémica de la intervención de U. Eco, es que el presunto prestigio de que goza hoy el científico se basa en razones falsas, y está en todo caso contaminado por la influencia conjunta de las dos formas de magia, la tradicional y la tecnológica, que aún fascina la mente de la mayoría. Si no salimos de esta espiral de falsas promesas y esperanzas defraudadas, la propia ciencia tendrá un camino más arduo que realizar. Y más cuanto el capital, el terror financiero, haga que la ciencia no acometa soluciones y remedios para los humanos sino se convierta en mero instrumento de beneficio.

Por lo pronto, Dario vendrá mañana a desayunar. Y a llevarse este prólogo, el exordio y, quizás, hasta me saque un mapa. Con el tiempo, un día venidero, Dario ya no volverá más, y me habrá arrancado un montón de hojas. Y llegarán a ti... *Como es en la mar, es en el mar...*, será lo último que teclee, rayando un alba... ¡ataraxia freak!

Índice

(estos enlaces aún no están disponibles, marzo 2015; lo estarán en septiembre u octubre.)

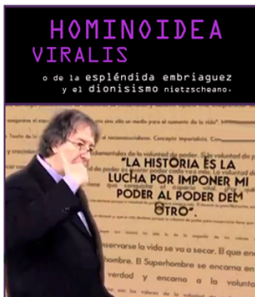
- [Introito](#)
- [Exordio](#)
- [Inicio](#)
 - [Al principio fue un vórtice..](#)
 - [Sema FILO](#)
 - [La segunda Voz](#)
 - [Matrices y Alephs](#)
 - [La historia de la Realidad](#)
- [Nudo](#)
 - [Despertar de la sociedad del espectáculo](#)
 - [Un homínido al oeste de un edén..](#)
 - [Un edén..](#)
 - [Un único..](#)
 - [Aldea Global..](#)
 - [Sistema de economía-mundo capitalista](#)
 - [Despertar del sueño dogmático](#)
- [Desenlace](#)
 - [Holones dentro de holones. Las direcciones y sus sentidos..](#)
 - [Ex oriente lux](#)
 - [Vacuidad, infinitos grados de inanidad del ser.](#)
 - [Trascendencia, eterno retorno e hic et nunc.](#)
 - [Ensoñación lírica](#)

<https://eartesania.wordpress.com/category/et-in-arcadia-ego/>

OTRAS OBRAS DEL AUTOR:

"Una visión posicionada
de la espiral evolutiva
de la conciencia humana"

TRILOGÍA DEL HUMANO SIDERAL



Martín Santomé

e-Artesanía